

**AMICS DEL PAÍS**

SOCIETAT ECONÒMICA BARCELONESA  
D'AMICS DEL PAÍS -1882-

# **¿CUÁNDO VOLVERÁ EL CRECIMIENTO ?**

————— Joaquín Almunia —————

Conferència pronunciada en l'acte solemne  
del lliurament dels Premis Anuals de la SEBAP  
celebrat al Saló de Cent de l'Ajuntament de  
Barcelona

5 de març de 2012

*Els textos d'Amics del País*

SOCIETAT ECONÒMICA BARCELONESA  
D'AMICS DEL PAÍS

---

# **¿Cuándo volverá el crecimiento?**

Joaquín Almunia

*Vicepresident de la Comissió Europea  
i comissari europeu de Competència*

Conferència pronunciada en l'acte solemne  
del lliurament dels Premis Anuals de la SEBAP  
celebrat al Saló de Cent de l'Ajuntament de Barcelona

5 de març de 2012

Edita: Societat Econòmica Barcelonesa d'Amics del País  
Dipòsit legal: B-28288-2012

Excelentísimo señor alcalde, querido amigo Xavier Trias, querido amigo Miquel Roca, *president*, Narcís, más autoridades.

---

En primer lugar, muchísimas gracias, Miquel, por invitarme a estar aquí esta tarde en este acto de la sociedad Amigos del País. Tengo que decir que siempre me han interesado mucho las sociedades de amigos del país, por su voluntad de tratar de incorporar en la actividad económica y en el debate público en España la racionalidad, las buenas ideas que venían de Europa... Y, por lo tanto, creo que es muy oportuno que en el acto de entrega de premios de muchas entidades y personas que se lo han merecido, sin duda, por su trabajo, por su esfuerzo, por sus ambiciones ciudadanas... os hayáis acordado de un comisario europeo, de un miembro de la Comisión Europea, para dar una perspectiva europea a algo que nos preocupa a todos, como es la situación económica y la crisis.

“¿Cuándo volverá el crecimiento?”. La pregunta es un poco arriesgada, pero como soy economista además de político... Los economistas hemos ido aprendiendo a lo largo del tiempo a responder a este tipo de preguntas apa-

rentemente complicadas con frases que dejan un resquicio a la ambigüedad y que no nos comprometen demasiado, a sabiendas de que nuestros pronósticos, normalmente, no se verán corroborados por la realidad, sino que se verán corregidos. Bueno, acabo con la introducción de los economistas y paso al asunto: “¿Cuándo volverá el crecimiento?”

Desde luego, este año, desgraciadamente, la respuesta es no. Hemos publicado a principios de año la actualización de las previsiones económicas para este año: en la zona euro va a haber lo que denominamos un “crecimiento negativo”, es decir, menos cero como algo, y en el conjunto de la Unión Europea 27, con algunas economías que ayudan a subir un poco el promedio, vamos a estar, según nuestras estimaciones, a 0. Por lo tanto, este año no va a haber crecimiento. Lo hubo el año pasado, desde el año 2010 parecía que habíamos ido enderezando las cosas y que ya el impacto más fuerte de la crisis del 2007-2008 se había podido ir superando, habíamos hecho esfuerzos, habíamos tomado medidas en el sistema financiero y medidas para regular la actividad financiera, se había utilizado (como no se había hecho hace mucho tiempo) la política fiscal y presupuestaria para animar la economía y, con eso y con el apoyo de economías emergentes que seguían creciendo al 6, al 8 o al 10 %, habíamos vuelto a tener crecimiento. Pero la crisis de la

deuda pública, que empieza en Grecia pero que después se ha ido manifestando a lo largo del 2010 en otros países, y el vínculo entre esta crisis de la deuda pública y la situación del sistema financiero con bancos que en sus balances tenían, y tienen, un volumen importante de activos que sufren las consecuencias de la crisis de la deuda pública, nos han vuelto a llevar, no a la situación de partida –la recesión en la que estamos en este momento es de esperar que sea una recesión más corta, bastante más corta que la anterior, y mucho menos profunda que la anterior–, pero en todo caso no tenemos crecimiento.

Es verdad que antes de la crisis no teníamos demasiado crecimiento en Europa. Había países que sí, había países que tenían tasas de crecimiento muy estimables. Algunos, no solamente España, pero es el caso de España, tenían unas tasas de crecimiento altas pero basadas en fundamentos muy frágiles que demostraron ser insostenibles. Había otros países que crecían porque estaban en un proceso de recuperación del tiempo perdido, de las décadas perdidas, como los países del centro y del este de Europa, la mayoría de los cuales iban creciendo a unas tasas bastante superiores a la media europea. Pero el corazón de Europa, las economías maduras de Europa, las grandes economías de los países industrializados, o más industrializados, de Europa, ya antes de la crisis tenían problemas de crecimiento o, más bien,

problemas de poco crecimiento. Lo que llamamos el «crecimiento potencial» de las economías europeas era muy bajo, era un crecimiento propio de sociedades ya demasiado maduras, si se puede expresar así, con menor capacidad de innovación, con menor capacidad de asimilación de nuevas tecnologías, con menor capacidad de competir con economías emergentes muy dinámicas y basadas en exportaciones agresivas con costes de trabajo mucho más bajos que los nuestros, etc. Las economías europeas, sobre todo las continentales, tenían no solo poca capacidad para correr la carrera a la misma velocidad que las economías emergentes, sino que, además de la rigidez, tenían un panorama de envejecimiento de la población que auguraba dificultades adicionales a medida que fuese pasando el tiempo... Por lo tanto, el crecimiento antes de la crisis en Europa, en general, no era un crecimiento suficiente, era o un crecimiento basado en fundamentos frágiles o un crecimiento que se iba agotando y al que no se le veían nuevos motores que pudiesen de nuevo impulsar esas cifras del PIB hacia arriba.

La crisis, obviamente, no ha podido solucionar estas carencias que teníamos ya desde antes, sino que las ha agravado y las ha puesto de manifiesto y, por eso, es imprescindible hacer ajustes. Los ciudadanos preguntan siempre –me lo acaban de preguntar los medios de

comunicación—: “¿Por qué desde Europa se habla de austeridad?”. La austeridad es la única respuesta posible cuando se tienen desequilibrios que no se pueden ajustar de manera ordenada y de manera regular, sino que son desequilibrios que se han ido enquistando, desequilibrios en términos de déficit, déficit público o déficit exterior. Déficits que van generando deuda, que van acumulando la deuda de cada año sobre la deuda de años anteriores que no ha podido ser amortizada, que no ha podido ser refinanciada en condiciones cada vez más favorables, sino al contrario, y esos ajustes se han tenido que acelerar, como consecuencia de la crisis, han afectado, como no podía ser menos, al sector público, incluso a países que tenían cuentas públicas en orden. Como consecuencia de la caída del crecimiento, el aumento del endeudamiento privado o la fragilidad de su sistema financiero, han tenido que recurrir al dinero público, y entre el bajo crecimiento y la utilización del dinero público necesaria para afrontar las manifestaciones de la crisis, las cuentas públicas se han visto deterioradas o la situación de las cuentas públicas se ha visto deteriorada.

Y por último, la demanda —que es tan importante en la economía como la oferta, porque no hay oferta que valga si no hay demanda para comprar lo que la oferta ofrece—, la demanda externa está ahí, pero no tan boyante como estuvo, porque a las economías que están fuera de la fron-



tera europea también les afecta la crisis y crecen menos; y la demanda interna no solo se ve afectada directamente por la falta de crecimiento, sino que los ciudadanos en muchos países europeos, ante la incertidumbre, ante el miedo al futuro, ante los problemas que ven por delante, ante la falta de confianza... tienden a consumir menos y ahorrar lo que pueden para prevenir males futuros o estar preparados para el futuro.

Este es el panorama difícil sobre la base del cual o frente al cual hay que responder para ver cómo encontramos la vía de salida hacia una senda de crecimiento estable, una senda de progreso, que permita regenerar el tejido productivo deteriorado o destrozado por la crisis, que permita volver a basar el sistema financiero en base más sólidas y, por supuesto, que permita crear empleo y ofrecer futuro, bienestar y esperanza a los ciudadanos y ciudadanas de todos nuestros países.

En este sentido, hay que decir que, desde un punto de vista europeo, a veces directamente desde las instituciones europeas o a veces coordinando desde las instituciones europeas lo que hacen los diferentes países miembros de la Unión, hemos hecho muchas cosas. Hay muchas reformas que venían siendo anunciadas, pero no decididas o aplicadas en muchos de los países europeos, que se están empezando a hacer o se están haciendo durante la crisis.

Hay muchas decisiones que se venían discutiendo como decisiones necesarias para garantizar el funcionamiento correcto de la Unión Económica y Monetaria, de la moneda única y todo el entramado institucional y de coordinación de políticas que tienen que hacer eficaz la decisión política de crear una moneda única. Estas decisiones se han ido tomando en estos años de crisis y, en particular, desde el año 2010. En los dos últimos años, la Unión Económica y Monetaria ha avanzado mucho más de lo que imaginaron que podía avanzar los participantes en la convención que preparó una Constitución Europea, por ejemplo. Ha avanzado sin planos preconcebidos, nadie tenía escrito el conjunto del relato de cómo reaccionar desde la Unión Económica y Monetaria ante una crisis de estas características. Pero de hecho, si miramos hacia atrás, en los tres últimos años hay muchas decisiones que hubiesen parecido utópicas o inalcanzables en el año 2008, cuando quiebra Lehman Brothers, y que ya están adoptadas y están en funcionamiento. Hay, por supuesto, decisiones muy importantes que ha tomado, y la última de ellas hace pocos días, el Banco Central Europeo, yendo bastante más allá de lo que se podía imaginar que era la actuación de un banco central europeo con el mandato que tiene establecido el banco desde el Tratado de Maastricht, que es un mandato muy estricto que exige una política monetaria muy estricta concentrada en el objetivo de inflación, sin poder financiar a los estados, sin

poder rescatar a los estados, y a pesar de esas limitaciones y de que el banco sigue cumpliendo con las limitaciones establecidas en su mandato, el Banco Central Europeo está proporcionando liquidez al sistema financiero e, incluso a veces, a algunas empresas industriales que tienen un apéndice financiero que les permite ir a Fráncfort a por liquidez, a tres años, por cantidades ilimitadas, a cambio de un colateral o garantía, y al coste del 1%. Con lo cual está dando oxígeno a una economía necesitada de alguna válvula que le permita respirar, y el Banco Central Europeo, tan criticado por ser un banco demasiado estricto y demasiado calcado sobre el modelo del Bundesbank, resulta que está haciendo algo que no se hubiese podido anticipar hasta hace un año, igual que hizo, a partir del verano pasado, una operación que tampoco hubiésemos podido anticipar de compra en el mercado secundario de títulos de deuda pública de países como el nuestro, como Italia o como otros.

Por lo tanto, se están haciendo muchas cosas en cada estado miembro, en la zona euro, en la Unión Económica y Monetaria, y también en el conjunto de la Unión Europea, con medidas, adoptadas ya por el Parlamento Europeo y por el Consejo, de regulación del sistema financiero en áreas en las que nunca se había metido el legislador hasta ahora. Áreas como, por ejemplo, la regulación de las agencias de calificación de riesgos (y vamos

por la tercera oleada reguladora de las agencias de calificación de riesgos), áreas como la creación de autoridades europeas de regulación y supervisión de bancos, o de seguros o de los mercados financieros. Una regulación que es verdad que los analistas, los teóricos, los académicos consideraban imprescindible, es verdad que la Comisión Europea solía recomendar, es verdad que el Banco Central Europeo lo veía con simpatía, pero yo recuerdo muchas reuniones en las que todos (o todos menos uno) los ministros que se sentaban alrededor de la mesa del Eurogrupo, mes tras mes, trimestre tras trimestre, decían que nunca aprobarían una regulación de autoridades de supervisión y regulación financiera a escala europea, porque eso era una competencia estricta de los estados miembros y era imposible renunciar a ese tipo de actividades. Por lo tanto, muchas cosas.

Hay que ver las cosas que se hacen y no pensar que, ante la crisis, Europa no se mueve, porque sí se está moviendo y se está moviendo en la buena dirección. Se está moviendo a velocidades que hubiésemos pensado que eran inalcanzables hace dos, tres o cuatro años. Pero todo lo que está haciendo Europa no es, sin embargo, suficiente. Hay retrasos en eliminar barreras que se deben eliminar si queremos crecer de forma sólida. La directiva de servicios, que dio mucho que hablar en el 2005 y estuvo en el centro del debate que llevó a Francia

a votar NO a la Constitución Europea, se aprobó finalmente después de un trabajo muy importante hecho básicamente por el Parlamento Europeo y se está transponiendo en los diferentes países. Pero algo tan obvio como decir, en una economía en la que 3/4 partes del PIB provienen del sector servicios, que hay que construir el mercado interior también en el sector servicios, que hay que eliminar barreras para la libre circulación de personas, para el libre establecimiento, para la libre prestación de servicios en el sector servicios... Pues hay países importantes de la Unión Europea, de la zona euro en particular, que siguen arrastrando los pies y que siguen sin aplicar la directiva de servicios, incumpliendo un plazo tras otro y arriesgándose a que un día de estos, no sé cuándo será, la Comisión les mande el expediente de infracción a los jueces del Tribunal de Luxemburgo para que, por fin, si no es por decisión política, por lo menos que sea la Justicia la que obligue a esos países a eliminar barreras en un sector que es el que tiene que crecer para que podamos crecer en Europa. También hay retrasos que, aunque pueden ser justificables si se escucha cada opinión particular, son injustificables desde una perspectiva global; hay retrasos en una situación de crisis y de falta de crecimiento para crear el mercado interior digital, para que la economía basada en lo digital pueda beneficiarse del mercado interior, al menos al mismo nivel al que se beneficia (o queremos que se be-

neficie) la economía analógica, esto es, la economía basada en los tradicionales intercambios de bienes y servicios.

Y hay cosas por hacer en el funcionamiento de la zona euro. Es verdad, como he dicho antes, que se han dado muchos pasos, pero también es verdad que hay algunos pasos imprescindibles que todavía no se han dado. El viernes pasado, los jefes de estado y de gobierno de la zona euro firmaron un nuevo tratado, un tratado que lo han firmado 25 países: los 17 de la zona euro y otros 8. Solo el Reino Unido y la República Checa se quedan fuera, porque lo han querido así. Un tratado para reforzar todavía más la coordinación de las políticas económicas y, en particular, la disciplina presupuestaria, y para establecer compromisos mucho más precisos y estrictos para que los países no se vean tentados de quebrar o de traspasar las reglas que ellos mismos establecen para la disciplina presupuestaria.

Hay otro tratado que va a entrar en vigor (esperemos) en junio, que establece un mecanismo mucho más potente que la actual facilidad financiera para poder acudir en apoyo de los estados miembros de la zona euro que no puedan financiar su deuda pública, sus necesidades de deuda pública en el mercado. Y este mecanismo, el mecanismo europeo de estabilidad, va a ser un mecanismo capitalizado y con mucha más capacidad de actuación

que los instrumentos financieros actuales que se crearon hace dos años con ocasión de la crisis griega.

A pesar de esos dos tratados, todavía quedan muchas cosas por hacer en la zona euro. Y por decir algo –que no seré el primero que lo diga–, hace falta en la zona euro dar el paso para mutualizar la emisión de deuda pública: los eurobonos. Es verdad que se puede entender la posición de los países que dicen que su reputación financiera ante los mercados es un bien muy apreciado y muy querido y no la quieren poner en juego hasta que los estados miembro de la zona euro, todos los estados miembro de la zona euro, que quieren beneficiarse de su reputación financiera no hagan lo que tienen que hacer, para no poner en riesgo los equilibrios macroeconómicos y los equilibrios presupuestarios. Porque si los demás no hacen lo que tienen que hacer, la reputación de ese país acabará perdiéndose también, como se han perdido las economías de la zona euro, y al final nadie podrá financiarse en los mercados y todos saldremos perdiendo. Eso es así, pero el nivel de exigencia de las reglas de disciplina con las normas que se han aprobado y que han entrado en vigor hace pocos meses, con dos nuevas normas que están siendo debatidas por el Parlamento y el Consejo y que los jefes de estado y de gobierno acaban de decir que deben aprobarse cuanto antes, más el nuevo tratado que se ha firmado y que se va a ratificar (espere-

mos) en los próximos meses, pero que va a entrar en vigor con la ratificación de 12 países (no hace falta esperar a los 25 esta vez, con 12 países que lo firmen entrará en vigor)... Todo ello proporciona un marco de disciplina y de garantía del cumplimiento de los compromisos y de las responsabilidades de cada uno tan alto que yo creo que ya no quedan argumentos para no dar el paso a la mutualización de la deuda a través de diferentes posibilidades, no hay una sola fórmula de eurobonos, pero eso es algo imprescindible para que la zona euro no tenga que vivir continuamente alterada en su discurrir normal por las dificultades financieros de uno u otro país que pone en riesgo el conjunto.

Quedan por hacer políticas estructurales y políticas de corrección de desequilibrios macroeconómicos más allá de los desequilibrios fiscales. Hay países, como es el caso de España, donde el problema del desequilibrio por cuenta corriente, la necesidad de importar ahorro cada año para poder financiar las necesidades de endeudamiento no solo del sector público sino también, y básicamente aquí en España, del sector privado, es un problema o un estrangulamiento que es, probablemente, mucho más importante como barrera para el crecimiento que el estrangulamiento que deriva de la situación de las cuentas públicas en España, a pesar del déficit que se ha anunciado para el año pasado 2011. Y



esa reducción de desequilibrios exige reformas que van mucho más allá de lo que puede decidir la Comisión Europea o la Unión Europea. Mejorar la productividad, tener una evolución de costes laborales unitarios que no ponga en peligro la competitividad de cada país en la zona euro o de muchos países de la zona euro, introducir medidas que permitan un funcionamiento más ágil de los mercados de trabajo, de los mercados de bienes y servicios, abrir puertas a la innovación, eliminar trabas administrativas, eliminar barreras interiores en el mercado interior... Son cosas que requieren de una actuación tenaz, continua, de reformas, de decisiones, de romper con privilegios corporativos, con intereses privados. Lo está haciendo, por ejemplo, creo que de forma muy inteligente, muy hábil, el primer ministro, el presidente del Consejo Mario Monti, en Italia. Es verdad que en una situación muy particular, pero está abriendo brecha por esa vía y eso es algo que países que han perdido competitividades desde que se creó el euro y que no van a poder recuperar la competitividad a la vieja usanza, devaluando su moneda, porque no se puede estar en la moneda única y a la vez imaginar que la devaluación es una solución, por definición... este tipo de reformas tienen que hacerse. Y tienen que hacerse durante años, de forma tenaz y continua, no es algo que se pueda hacer de una vez para siempre o en unos pocos meses para el conjunto de una legislatura. Es algo que

hay que hacer continuamente, y se debe convencer a los ciudadanos, a los agentes económicos, a los interlocutores sociales, al resto de los poderes –en un estado compuesto como es el nuestro–, convencer al conjunto de que es una estrategia que interesa al conjunto en la que todas las partes de ese conjunto tienen que estar remando en una dirección coherente. No todos tienen que hacer lo mismo, pero sí deben avanzar en una dirección coherente. Y lo que es válido para cada país, es válido para el conjunto de Europa.

Europa tiene una estrategia de crecimiento con varias iniciativas estratégicas en materia de política energética, de mercado interior digital, de una política industrial moderna, horizontal, de una gestión de los recursos y las materias primas eficiente, de una lucha contra el cambio climático que puede ser y debe ser una palanca importante para basar sobre ella innovación y el uso de nuevas tecnologías, una política de investigación y desarrollo, una política educativa... Todo eso está definido, y está definido por todos los estados miembros de Europa en la Estrategia Europa 2020. Está definido, pero no está asimilado. El otro día, poco antes del Consejo Europeo del viernes pasado, había 12 primeros ministros, entre ellos el de España, que firmaban una carta dirigida al presidente de la Comisión Europea y al presidente del Consejo Europeo, el señor Van Rompuy. En la carta decían “lo que

hay que hacer es...” y hablaban de política energética, de mercado interior, de innovación... Y cuando comparamos la carta con la estrategia que esos mismos estados, sus gobiernos –es verdad que probablemente no con los mismos primeros ministros, que han cambiado unos cuantos en los últimos meses o en el último año–, pero esos mismos pasos estratégicos, esas mismas políticas y estrategias de crecimiento son los que los 27 han acordado que hay que hacer, que hay que poner en marcha, que hay que desarrollar, que hay que aplicar en los 27 estados miembros. Lo acordaron hace dos años, pero ya no se acuerdan de lo que acordaron, o algunos de ellos no se acuerdan de que lo han acordado, y es una especie de estrategia o de táctica, más que estrategia, circular de intentar inventar en cada reunión la estrategia que hay que seguir, cuando la estrategia ya está definida y lo que hay que discutir es cómo se aplica y por qué hay tanta resistencia a ser coherentes con las decisiones adoptadas y a aplicar esa estrategia.

Por lo tanto, hay que avanzar en una Unión Económica, lo que implica compartir y considerar como propias estas estrategias comunes que mejoren la competitividad, el dinamismo, la capacidad de innovación y los niveles de productividad de nuestras economías. Hay que avanzar con los eurobonos y con la disciplina presupuestaria en una unión fiscal que vaya más allá de lo que se definió en

el origen de la Unión Económica y Monetaria, y todo esto, al final, supone decisiones políticas de primera magnitud. Pero las decisiones políticas de esta trascendencia cuestan. Y ¿por qué cuestan? En primer lugar, porque estamos todavía viviendo en un mundo en el que las soberanías han sido nacionales –y no voy a meterme en discusiones sobre cómo se distribuyen las soberanías o a quién corresponden las soberanías dentro de cada estado miembro, que es otra discusión que conocemos bien–, pero la soberanía de cada estado miembro –lo decía todavía el presidente del Gobierno Rajoy en la rueda de prensa que dio después del Consejo Europeo el fin de semana pasado, cuando le preguntaban los periodistas: “Pero esta cifra que usted avanza, el objetivo de déficit para este año, ¿se la ha comunicado a sus colegas, a los que acababa de despedir en el piso de arriba del edificio donde estamos?”. E instintivamente, me imagino, el presidente del Gobierno español dijo: “No, porque una cifra de déficit depende de la soberanía nacional”. ¡Oiga! Estamos en una Unión Económica y Monetaria, usted acaba de firmar un tratado que decide unos compromisos comunes de una envergadura impresionante, y antes se ha decidido poner en común muchas de las normas que configuran el margen de actuación de la autoridad presupuestaria de cada uno de nuestros países en la visión tradicional. Y en la Constitución Española se ha introducido un artículo con unas normas de disciplina presupuestaria que están

directamente ligadas con los esquemas europeos. Ya no se puede juzgar las cuestiones de soberanía como se juzgaban antes de dar los pasos que hemos dado ya en materia de integración. Por lo tanto, hay un problema político importante y profundo. Y hay otro problema de análisis económico, un dilema de análisis económico. Si lo que queremos es el crecimiento, si lo que importa a los ciudadanos es tener empleo y tener bienestar (y el empleo y el bienestar vienen del crecimiento económico, no pueden venir de otro lugar), y a la vez lo que se nos dice es que hay que hacer ajustes... ¿Cómo se combina? ¿Cómo se combina la capacidad de crecer y la necesidad de crecer lo más posible y cuanto antes con la necesidad imperiosa de hacer ajustes?

Hay que decir que Europa nos da una ventaja que no la tenemos en cada uno de nuestros países por separado. Porque en Europa hay países que no tienen más remedio que fijarse como prioridad número uno determinados ajustes; en la medida en que sus desequilibrios son grandes, los ajustes son urgentes. Pero a la vez, en Europa no todas las economías nacionales, no todos los países, tienen el mismo grado de desequilibrio ni el mismo tipo de desequilibrio. Y Europa, que nos ha proporcionado un mercado interior, que tenemos que mejorar y profundizar pero que existe, con 500 millones de ciudadanos consumiendo y gastando; y Europa, que nos ha propor-

cionado a 17 de los 27 países una moneda única... Europa nos da una oportunidad, una plataforma, para conjugar y coordinar mejor los márgenes de actuación de cada uno. El que tenga que hacer ajustes puede, perfectamente, contar con que los que están más desahogados pueden utilizar un margen de maniobra para añadir demanda, para compensar las consecuencias restrictivas de los ajustes y para encontrar un equilibrio que nunca va a ser óptimo, totalmente óptimo, pero que va a ser menos negativo que el que podemos encontrar en cada una de nuestras economías por nuestra cuenta. Porque si un país necesita ante todo ajustarse y se niega a reconocer su realidad, los mercados se lo van a recordar, no solo sus socios en el Consejo de Ministros correspondiente, sino que los mercados se lo van a recordar antes de que tenga lugar la siguiente reunión del Consejo Europeo o del Consejo de Ministros.

Por este motivo, hay que utilizar los márgenes y eso exige, de nuevo, política: coordinar políticas económicas, discutir entre socios cómo se puede utilizar el margen de maniobra de cada uno en beneficio del conjunto, a cambio de que los que tienen que hacer los ajustes no se duerman y los hagan, es algo que exige confianza política y es algo que se puede realizar en un espacio europeo y, en particular, en una Unión Económica y Monetaria donde los países y los gobiernos que comparten la misma moneda

necesitan tener entre ellos un nivel de confianza muy grande.

Así, por el lado de las restricciones a la visión tradicional de la soberanía y por el lado de la posibilidad de utilizar al máximo los márgenes de maniobra, nos encontramos con la política. Porque, al final, es una quimera pensar que se puede tener una moneda única, que se debe avanzar y se puede avanzar hacia la unión económica, con unas estrategias de crecimiento comunes, con una unión fiscal, con emisión de eurobonos, con un banco central común para todos los países que comparten la moneda única, y no darle a eso una lectura política.

Si queremos avanzar, si queremos utilizar los instrumentos que están a nuestra disposición, tenemos que decidirlo, y esa decisión, como lo fue en su origen el proceso de integración europeo, como lo fue en el caso de países que nos incorporamos después, la decisión de prepararnos para cumplir las condiciones e incorporarnos cuanto antes, como lo fue la creación de la moneda única... estamos hablando de política, de política con mayúsculas. Y quizás eso es el final de mi intervención y la mejor respuesta posible en unas pocas palabras a la pregunta con la que iniciaba mi parlamento: “¿Vamos a volver a tener crecimiento?”. *Podemos* tener más crecimiento que el que tenemos, sin ninguna duda. No es imposible, no es

inimaginable: hay países europeos, en la medida en que han podido contar con sus propias fuerzas y no dependían de los demás, que lo están teniendo ya. Pero como europeos y, sobre todo, como parte de Europa, en aquellos países que necesitamos un espacio más amplio (porque no tenemos todos los instrumentos que quisiéramos tener en nuestras solas manos) tenemos que avanzar en un proceso de mayor integración, tenemos que confiar en que la integración es la solución y no el problema con el que nos vamos a enfrentar. Si queremos tener más crecimiento, si queremos volver a contar con unas generaciones que tengan confianza y esperanza en el futuro, y no miedo ni incertidumbres ante el futuro, creo que lo mejor que podemos hacer, lo que debemos hacer, es decir a los demás que confíen una vez más en Europa.

Muchas gracias.